

I

Barce

Amanece
La ciudad se agita
Desde la costa arriban pescadores
Y parten los labriegos a la siembra
Los mercaderes se instalan en sus puestos
Y los colman de frutos
Perfumes
Especias

Los artesanos se aplican al rigor de los cinceles
El bronce adquiere el rostro de un dios

Cartago se alza en edificios nuevos
Construidos por hombres entusiastas
Que orgullosos reciben la aprobación de su reina

¿Quién diría al vernos que fuimos desterrados,
Que eran otras las tierras que labraba el campesino
Y eran otras las maderas que el escultor tallaba?

¿Quién diría de aquel que forja dioses apacibles
“Ese hombre vio las furias de Neptuno”?
¿O de esa mujer que regatea en el mercado
“Ya no verá a su padre
Pues se rehusó a partir”?

¿Quién iría a decir que la reina, que hoy contempla
[la ciudad en su carruaje
Conoce las desdichas del luto
Y la traición fraterna?

¿Quién diría que yo, Barce,
Mudé tres veces de tierra
Y en la primera abandoné mi libertad?
¿Se adivina acaso, por mis gestos, que un hombre
Que no es hijo de mi estirpe pero sí de mis desvelos
Yace en un rincón incierto de mi segunda patria?

Nadie dirá tales cosas de nosotros
Nadie siquiera ha de recordarlas

Esta es ahora nuestra tierra
Estos sus frutos
Este el rostro afable de los dioses
Que contemplan aquiescentes
Las calles bulliciosas
Los templos donde se alza el olor del incienso
El mercado al que acude el pescador
Que retorna de la playa
Y refiere las visiones de un naufragio
Y exhibe vestigios que llegaron a las costas

Peplos impregnados de aromas oceánicos
Metales despojados de su empuñadura
El bronce en que se borra el semblante de un dios

Los curiosos se agolpan en torno a aquel hombre
Que gesticula y señala la orilla distante
Donde el mar replica el incendio de la Aurora

Y un estrépito de voces invade el aire de Cartago

Yo rehúyo a conjeturas y rumores
Pero elevo una plegaria silenciosa:
No permitan los dioses alterar nuestro olvido

Troyanas

Enfurecieron los dioses

Dicen que ellos partieron los remos
Rasgaron las velas
Quebraron el timón

Dicen que ellos hundieron nuestras barcas
Y que ellos a esta orilla las trajeron después

¿Son nuestras, aún, las barcas?
El mar las despojó de su aroma boscoso
Aquel que exhalaban los leños que cortamos
El día en que los dioses nos urgieron a partir

Nuestra ciudad ardía
Y con ella sus templos
Las calles
El bastión

La patria era una pira irreversible
Que nos empujaba a los navíos
Que aún desconocían los vaivenes del mar

Y olía nuestra carne al humo de los nuestros
Y olían nuestras barcas a los campos de Ilión

Pero el agua se llevó
Aquel rastro de frutas
De incienso
De hierbas
De olivo
De miel

El mar borró todo vestigio de la tierra
Toda huella de pájaros
De savia
De flor

Y olvidó nuestro idioma la plegaria de la siembra
Y olvidaron los troncos el sostén de la raíz

¿Hablamos, aún, nuestro idioma?

Es extraño el acento
Con que cantamos estas cosas
Se poblaron de sales los sonidos
Y hay palabras que es difícil pronunciar

Árbol
Camino
Frontera

Insecto
Recodo
Trigal

Y los niños aprenden canciones en los puertos
Y los viejos no saben qué quieren decir

¿Cómo hablar con los muertos ahora?
¿Cómo a nuestros dioses elevar oración?

¿Son nuestros, aún, los dioses?
Se dice que reniegan de las patrias vencidas
Se cuenta que ellos derribaron nuestros muros
Los mismos que habían ayudado a construir

Y cargamos los frigios con sus ritos y su furia
Con su imagen arribamos a ciudades hostiles
Con sus aras nos hundimos hasta el fondo de la sal

Dicen que por ellos dimos en Cartago
Y por ellos su palacio se abrió a nuestro rey

Dicen que por ellos daremos las troyanas
Hijos que recreen la gloria de Ilión

¿Somos, aún, troyanas?

El fuego consumió nuestros hogares
Y en ellos el tálamo
Los enseres
El altar

¿Somos, aún, troyanas?

El mar despojó nuestro paso
Arrastró nuestros símbolos en la rompiente
Estrelló entre las rocas nuestro orgullo imperial

El mar nos trajo hasta las costas de un pueblo
Que se yergue entero sobre el cuero de un buey

Se aquietaron los dioses
No sabemos por cuánto

No sabemos qué abrupto designio
Nos condujo a la tierra
Ni cuándo ha de ser imperioso zarpar

Entretanto cantamos
Pisamos la arena
Escuchamos un grillo
Nos da sombra un laurel

Y el mar se aletarga como un monstruo antiguo
Y en su lomo las barcas parecen dormir

Barce

Oscurece en Cartago
El viento arremete

Llegan de las calles los pasos y las voces
Y dentro del palacio se alza un rumor

Son los nuevos

Aquellos que hoy dejaron sus navíos en la orilla
E irrumpieron en el templo
Aquellos que hablan una lengua ignota

La reina los oyó
Cual si entendiera
Aprobó sus razones
Y ahora ofrece un banquete en honor a su rey

Y por él los esclavos escancian el vino
Y por él los sacerdotes iluminan los altares

Ante él brinda sus frutos esta ciudad nueva

Y él habla
Despliega su oratoria
Que mi ama apenas parece descifrar

Pero hay algo que entiendo
Por más que procure mostrarse imperturbable
Hay visiones que lo asaltan como hachazos
Palabras que lo quemán

Y yo me digo que no es bueno albergar en nuestra casa
[aquello que se agita
No es sensato abrir la puerta a los incendios

Dido observa a su huésped
Por él levanta la copa
Y ella, reina desterrada, llora el destierro de otro rey

Es extraña la suerte. Hay a quien la tierra de otro depara
[servidumbre
Y hay quien recibe laureles al llegar

Ha de ser que los reyes se distinguen aun en los
[nafragios
Que su stirpe se conserva en el exilio
Y por ello unos a otros se agasajan

Y ha de ser en ese idioma selecto de los nobles
Que Dido y el extraño se comprenden

O acaso no
Acaso los ligue un dolor oscuro
Una llaga común los asemeje
Y sea ese el idioma en que se hablan

Yo no sé
Solo veo que el cielo se oscurece
Y oigo un crujir de maderas que llega hasta el palacio
Cada vez que el viento golpea las barcas